

La Palabra Viva de Dios: Llamada a Escuchar, Acoger y Actuar



Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Hay una pregunta que debe colocarse ante cada cristiano, no una sola vez, sino cada día: cuando Dios habla, ¿escuchamos?

La tragedia de nuestro tiempo no es que Dios haya dejado de hablar, sino que su Palabra permanece demasiadas veces cerrada, ignorada o puesta de lado. Sin embargo, la Sagrada Escritura lo afirma con claridad: «La palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que espada de doble filo» (Hebreos 4,12). Dios no está distante. Él habla—hoy, ahora—en la realidad concreta de tu vida.

En el lenguaje bíblico, la Palabra de Dios no es solo discurso. La antigua comprensión de *dabar* nos revela que la Palabra es acontecimiento, fuerza y realidad. «Dijo Dios: “Hágase la luz”, y la luz se hizo» (Génesis 1,3). Cuando Dios habla, la creación surge, la historia se transforma y los corazones cambian.

Esta Palabra alcanza su plenitud en Jesucristo. Como nos enseña el Evangelio de Juan: «En el principio existía la Palabra... y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (Juan 1,1.14). La Palabra no es solo pronunciada—es una Persona. Encontrar la Escritura es encontrar al Dios vivo que te habla.

Por eso, la Iglesia enseña, especialmente en *Dei Verbum*, que la Escritura debe ser el fundamento de toda vida espiritual. Sin la Palabra, la fe se debilita. Sin la Palabra, la oración se vacía. Sin la Palabra, la vida cristiana pierde dirección. Una Biblia cerrada no es simplemente descuidada—es una voz rechazada. Esta verdad debe transformar nuestra vida como Iglesia.

En la liturgia, Cristo mismo habla cuando se proclaman las Escrituras. La Liturgia de la Palabra no es un momento secundario; es un verdadero encuentro. «Así será mi palabra... no volverá a mí vacía» (Isaías 55,11). Quienes proclaman y predicán deben hacerlo con fe y convicción. Pero este encuentro no puede quedarse en el templo. Debe entrar en tu hogar, en tus decisiones, en tus luchas diarias.

Por eso, pido a cada miembro de esta parroquia—sin excepción—que tome en serio la Palabra de Dios:

- Cada día, lean al menos un pasaje del Evangelio, aunque sean cinco minutos. «No solo de pan vive el hombre...» (Mateo 4,4).

- Después de leer, permanezcan en silencio, dejando que Dios hable. «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (1 Samuel 3,9).
- Guarden una palabra en el corazón y vívanla durante el día. «Tu palabra es lámpara para mis pasos» (Salmo 119,105).

No lo pospongan. Comiencen hoy.

También debemos corregir un error grave: la falsa oposición entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Esta idea, cercana a Marcionismo, no pertenece a la fe de la Iglesia. Hay un solo Dios, fiel y misericordioso. «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre» (Hebreos 13,8). Rechazar el Antiguo Testamento no purifica la fe—la empobrece.

La Escritura nos revela un camino: salir de la esclavitud y entrar en la vida plena. Pero entre ambos está el desierto. Muchos de ustedes viven ahí. Cansancio, dudas, cargas familiares, sequedad espiritual. Como Israel, surge la tentación de volver atrás: «¡Ojalá hubiéramos muerto en Egipto!» (Números 14,2). Este es el peligro: preferir la seguridad de la esclavitud al riesgo de la salvación. Pero Dios permanece fiel. «Ojalá escuchen hoy su voz: no endurezcan el corazón» (Salmo 95,7-8). Esta fidelidad es el fundamento de nuestra esperanza. La esperanza no es optimismo; es confiar en Dios. «Caminamos por la fe, no por la vista» (2 Corintios 5,7).

Hermanos y hermanas: la Palabra no es opcional. Si escuchan muchas voces y no la de Dios, crecerá la confusión. Si llenan su mente de ruido, el corazón se inquietará. Pero si acogen la Palabra, su vida tendrá firmeza. Por eso les digo claramente: abran la Escritura. Léala. Órenla. Vívanla. No solo conozcan a Dios—encuéntrenlo. No sean solo oyentes—sean cumplidores (cf. Santiago 1,22).

Que María, que acogió la Palabra, interceda por ustedes. Que la Palabra habite en ustedes abundantemente (cf. Colosenses 3,16).

En Cristo,

P. Vilaire Philius

Párroco